

Cavaller, Fernando M.

Newman y “La idea de una universidad”

Prudentia Iuris N° 73, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Cavaller, F. M. (2012). Newman y “La idea de una universidad” [en línea], *Prudentia Iuris*, 73. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/newman-idea-universidad-fernando-cavaller.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

NEWMAN Y “LA IDEA DE UNA UNIVERSIDAD”

PBRO. FERNANDO M. CAVALLER
Universidad Católica Argentina
Facultad de Derecho
25 de octubre de 2011

El papa Benedicto XVI beatificó el 19 de septiembre del año pasado a John Henry Newman, en la Misa final de su visita oficial al Reino Unido. En un pasaje de la homilía dijo así: “Me gustaría rendir especial homenaje a su visión de la educación, que ha hecho tanto por formar el *ethos* que es la fuerza motriz de las escuelas y facultades católicas actuales. Firmemente contrario a cualquier enfoque reductivo o utilitarista, buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificara el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso. El proyecto de fundar una Universidad Católica en Irlanda le brindó la oportunidad de desarrollar sus ideas al respecto, y la colección de discursos que publicó con el título *La Idea de una Universidad* sostiene un ideal mediante el cual todos los que están inmersos en la formación académica pueden seguir aprendiendo”.

Estas palabras por sí solas justifican que nos ocupemos aquí de Newman y la Universidad, recordando que el suyo no fue solo un pensamiento teórico sino fruto de su experiencia personal: anglicano en Oxford, como fellow y tutor en el Oriel College, y católico en Dublín, como fundador y rector de la Universidad Católica de Irlanda. Vivió entre 1801 y 1890, y se convirtió en 1845, y en su paso del anglicanismo al catolicismo mantuvo los mismos principios esenciales, a los cuales pretendo acercarme en esta exposición.

I

Sacerdote anglicano y fellow, predicó en Oxford, además de sus 604 *Sermones parroquiales*, otros 15, entre 1826 y 1843, titulados *Sermones Universitarios*¹, como orador oficial elegido por la Universidad, verdaderos discursos académicos que tratan la *relación entre razón y fe*, una cuestión que abordó hasta el final de su

¹ Sigo la traducción castellana de Aureli Boix, Madrid, Ed. Encuentro, 1993.

vida. En la Inglaterra del siglo XIX predominaban dos posiciones antagónicas sobre la misma. Newman se mantuvo distante y crítico tanto del racionalismo como del fideísmo religioso. Estos *Sermones* son el antecedente anglicano de su discurso católico sobre la Universidad y su cometido.

El primero de la serie² presenta el conflicto vigente: “Pocas acusaciones han lanzado los incrédulos más a menudo contra la religión revelada que la insistencia en que ésta es hostil al avance de la filosofía y de la ciencia [...] Así, el cristianismo ha sido presentado como un sistema que se interpone en el camino del progreso, sea en política, en educación o en ciencia; se sugiere que estaba adaptado al nivel de los conocimientos, y que contribuyó a la felicidad de la época en que se introdujo, pero que es un prejuicio positivo en tiempos más ilustrados”. Newman responde: “La ciencia y la revelación están de acuerdo en suponer que la naturaleza se rige por leyes uniformes y fijas”. El malentendido proviene de otra cuestión: *algunos autores han querido confundir la fe judeocristiana con las otras religiones y las supersticiones populares que carecen de principios básicos y no pretenden apoyarse en ningún razonamiento*. Puede darse oposición entre fe y razón... cuando una u otra se mete en el campo que no le corresponde... Sería un absurdo aplicar los mensajes de la Escritura, cuyo objetivo es religioso, a la solución de cuestiones de ciencia física. En cuanto a las extralimitaciones de la razón, pueden fecharse a partir de la Reforma; en aquel momento la razón emprendió la obra de reparación de lo que había demolido, y de reformular la demostración del cristianismo de una manera independiente tanto de la Iglesia como de la ley natural. De este modo la razón de la edad moderna minó la confianza en la Iglesia, la Escritura cayó en manos de eruditos sin fe, y apareció una ética racional o utilitaria³. Pero no hay verdadera oposición ni exclusión: *la fe es un acto de la razón, pero de aquella razón que el mundo califica de débil, defectuosa o insuficiente, porque se apoya en los supuestos previos más que en las pruebas... La fe es el razonar de un espíritu religioso*⁴. Por eso, *la fe no puede existir sin fundamentos o sin un contenido... Y a medida que la mente reflexiona sobre sí misma, será capaz de “dar explicaciones” sobre lo que cree y espera*. Pero hay que distinguir entre el simple razonar y el argumentar: *Todos tienen alguna razón, pero no todos pueden darla*. Existe una razón implícita y una razón explícita. La implícita es la que presenta la fe de la mayoría, y la explícita corresponde a las palabras ciencia, método, desarrollo, análisis, crítica, prueba, sistema, principios, normas, etc., el modo de razonar propio de la ciencia y de la teología⁵.

Newman incluye siempre el método histórico en sus reflexiones, y en cuanto a la relación fe-razón, lo aplica en el último sermón de la serie, *Teoría del desarrollo de la doctrina religiosa*⁶, donde presenta un cuadro histórico desde la era apostólica para mostrar que *con el tiempo, el pensamiento entero del mundo fue asimilado por la filosofía de la Cruz, como el elemento en que vivía y la forma en que era remoldeado*. Ya en el siglo II aparece claro el uso de la razón para investigar las doctrinas de

² *El talante científico, inculcado primero por el Evangelio*, OUS I, págs. 55-68.

³ *Excesos de la razón*, OUS IV, págs. 105-128.

⁴ *La naturaleza de la fe en relación a la razón*, OUS XI, págs. 253-272.

⁵ *Fe, teología y apologetica*, OUS XIII, págs. 301-330.

⁶ OUS XV, págs. 365-403.

la fe. Este universo intelectual –todo el ámbito del pensamiento teológico cristiano– es la expansión de unas palabras más bien breves y ocasionales, pronunciadas por los pescadores de Galilea. Newman quiere señalar la aparición y desarrollo de la teología como lugar de encuentro entre fe y razón, legitimándola como ciencia. La Verdad revelada se convierte de manera espontánea, o incluso necesaria, en tema de reflexión por parte de la misma mente, la cual procede a investigarla y a proyectarla en una serie de frases distintas... Los fundamentos de la filosofía, de la física, de la ética, de la política... pueden ser objeto de recepción implícita y de formulación explícita. ¿Por qué las ideas que constituyen la vida profunda de los cristianos no tendrían que ser reconocidas también como lo bastante precisas y definidas para ser susceptibles de análisis científico? ¿Por qué no podría haber en materia religiosa aquella vinculación real entre la ciencia y su objeto, que existe en otros campos del pensamiento? Hace ver, además, que no solo en las cosas de la fe sino en las de las ciencias exactas, la verdad total se presenta como “misterio”.

La unión de razón y fe, de ciencia y teología, presupone un objetivo básico en la educación, que Newman propone en el penúltimo sermón⁷. Lo llama *amplitud mental*, o *sabiduría*, o *filosofía*, o *cultura*. Dice que la expansión del espíritu ocurre, por ejemplo, al viajar, *ver el mundo, relaciones con toda clase de personas, contacto con los principios y métodos de pensamiento de grupos, intereses o naciones distintos, con sus opiniones, pareceres, objetivos, costumbres y modales, con sus credos religiosos y formas de culto; todo esto, sea bueno o malo, es corriente denominarlo amplitud de miras o cultura práctica*. De modo aún mayor, *el conocimiento de la historia y el de los libros en general, en una palabra, lo que se entiende por educación académica, se dice que ilustra y ensancha la mente; y viceversa, se supone que la ignorancia implica un campo estrecho y una débil práctica de sus capacidades*. Por supuesto, *la religión produce también una expansión de la mente*. Ahora bien, esta expansión no es sinónimo de enciclopedismo ilustrado, sino de “sabiduría”. *Los conocimientos en sí mismos, aunque necesarios para la amplitud mental, no son los que propiamente expansionan el entendimiento... Se trata de saber no solo cosas, sino sus relaciones mutuas. Es un saber organizado, y por tanto, vivo*. Por esto mismo, la capacidad de recordar no equivale a sabiduría, como tampoco *un diccionario es lo mismo que un tratado*. Atiborrar la mente no es sabiduría. Hay quienes se sienten satisfechos con *mucha erudición o información. Pueden ser lingüistas, anticuarios, cronistas, biógrafos o naturalistas; pero sean cuales fueren sus méritos, que a menudo son muy grandes, no tienen derecho a que se les considere verdaderos sabios o filósofos*.

El lugar decisivo y central de estos sermones lo ocupa *la cuestión de la Verdad*, que es el objeto propio de la razón y de la fe, de toda ciencia, de la auténtica sabiduría. Y Newman plantea la pregunta esencial: *¿cómo se transmite la Verdad?*; asunto que incumbe evidentemente a la educación en general, a la Universidad en particular, y por cierto a la Iglesia universal. La respuesta la da en el mismo título del quinto sermón, y enuncia el gran principio que reguló su misma vida sacerdotal y

⁷ *La sabiduría, contrapuesta a la fe y al fanatismo*, OUS XIV, págs. 331-364.

docente: *La influencia personal, medio de propagar la verdad*⁸. Dice allí: “La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, siendo a la vez maestros y modelos de la misma [...] Nos será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña”. Y concluye: “Estas consideraciones nos llevan a sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura; pues nos muestran que en ella podemos ser instrumentos de un bien muy grande; y no solo eso, sino que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido. Y por lo que se refiere al bien indirecto que es posible hacer desde un puesto más elevado, tampoco se nos cierra absolutamente esta posibilidad desde una responsabilidad inferior dentro de la Iglesia. Más aún, ha sucedido repetidas veces que quienes habían ocupado puestos relativamente marginales han ejercido un influjo amplísimo sobre los destinos de la religión en los tiempos que les siguieron; tal como en las artes y ocupaciones de este mundo, los grandes benefactores de la humanidad son frecuentemente ignorados”. Este “personalismo” lo funda en Jesucristo, a quien llama en el sermón *Maestro de la Verdad*, siendo la Verdad misma en Persona. La Verdad no es algo sino Alguien. Y este es, también, el “realismo” de Newman, que, en lucha contra el racionalismo, insistía en lo “real” y en asentir a la Verdad de modo “real” y no solo “nocional”. Fue este personalismo realista que lo guió como fellow y tutor en el Oriel College, oficio que consideraba no solo académico sino *espiritual y pastoral*. Cultivó la amistad con los alumnos. Un alumno lo describió más tarde como “un hermano mayor afectuoso”⁹.

Un último aspecto que hace a la educación lo encontramos en siete cartas que dirigió al editor del *Times* de Londres en 1841, contra los postulados que el primer ministro, Robert Peel, había formulado en un discurso, al inaugurar una biblioteca en Tamworth. Newman criticó, incluso con ironía, el utilitarismo práctico que hacía de la ciencia de lo útil la madre de la virtud; defendió la religión como parte del bien común temporal de la sociedad y como instrumento de educación; denunció con energía que Peel convertía lo cultural en sucedáneo de lo religioso, y negó que la ciencia profana fuera siempre principio de progreso moral, porque el hombre no se hace necesariamente mejor por ser más culto, advirtiendo que tener conciencia del deber no equivale a realizarlo. Dice: “Si la virtud es dominio sobre la mente, si su fin es la acción, si su perfección es orden íntimo, armonía y paz, hemos de buscarla en lugares más serios y santos que una biblioteca o una sala de lectura”¹⁰. Newman se opuso tenazmente al racionalismo cientificista y al liberalismo religioso, que hoy llamamos relativismo, y esa oposición continuó luego de su conversión en 1845.

⁸ OUS V, págs. 129-152.

⁹ T. MOZLEY, *Reminiscences: chiefly of Oriel College and the Oxford Movement*, vol. I, Londres, pág. 181, 1882.

¹⁰ DA, 268.

II

Vayamos ahora a su vida católica. Vuelto de Roma, donde recibió la ordenación sacerdotal, y habiendo fundado el Oratorio de San Felipe Neri en Birmingham, dio en esa ciudad, en 1850, un ciclo de conferencias sobre la *Posición actual de los católicos en Inglaterra*, y dijo al laicado inglés: “Vuestra fuerza radica en Dios y en vuestra conciencia; por consiguiente, no está en vuestro número [...] como tampoco en la intriga, los cálculos o la sabiduría mundana [...] Lo que echo de menos en los católicos es el don de sacar a la luz lo que es su religión [...] Quiero un laicado no arrogante, no precipitado en el hablar, no aficionado a las discusiones, sino hombres que conozcan su religión, que penetren en ella, que sepan el terreno que pisan, que sepan lo que sostienen y lo que no, que conozcan tan bien su credo que puedan dar razón de él, que sepan bastante historia para poder defenderlo. Quiero un laicado inteligente y bien instruido [...] Deseo que ampliéis vuestros conocimientos, que cultivéis vuestra razón, que adquiráis perspicacia en las relaciones entre verdad y verdad, que aprendáis a ver las cosas como son, que comprendáis cómo la fe y la razón se compaginan entre sí, cuáles son las bases y principios del catolicismo [...] En todos los tiempos los laicos han dado la medida del espíritu católico: hace tres siglos salvaron a la Iglesia en Irlanda y traicionaron a la Iglesia en Inglaterra”¹¹. Hoy todo esto suena obvio, pero no lo era entonces. Newman fue un precursor en señalar el papel del laico en la vida de la Iglesia.

Al año siguiente de estas conferencias, le llamaron desde Irlanda. En 1845 el Parlamento inglés estableció allí centros universitarios, llamados “Colegios de la Reina”, no confesionales, es decir, no había ninguna instrucción religiosa, ni se tomaba en cuenta la creencia religiosa para los nombramientos docentes y demás autoridades. Esto era una novedad completa, que mostraba hasta dónde llegaba el espíritu de aquel liberalismo religioso. Los obispos de Irlanda consideraron estos Colleges peligrosos para la fe y la moral del alumno católico, y Roma decidió la creación de una Universidad Católica según el modelo de Lovaina, renovada con éxito desde 1830. Entonces, en 1851, seis años después de su conversión, Newman recibió una carta de Paul Cullen, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, pidiéndole consejo para fundar la Universidad. Newman aceptó y fue nombrado Rector. Hizo quince nombramientos docentes, de los cuales siete eran ingleses, de Oxford y Cambridge, la mayoría laicos. Inauguró cuatro facultades: artes, medicina, derecho y teología. Los estudiantes residirían en grupos de veinte, con un Dean y dos o tres tutores jóvenes. Pero todo fueron problemas. Los obispos estaban divididos acerca del proyecto, y desconfiaban de los docentes laicos. Nunca hubo alumnos suficientes, ni llegaron ingleses y norteamericanos, como era el plan. El Estado no concedió el reconocimiento oficial. Cuando Newman vio que todo iba a ser un asunto irlandés y clerical renunció en 1858. La Universidad sobrevivió hasta 1882. Las razones de este “fracaso” fueron varias, entre ellas que Newman era inglés. Pero el “éxito” estuvo en su legado, que influyó en el mundo universitario, incluso el no católico.

Se trata, en primer lugar, de los discursos que pronunció en 1852, publicados

¹¹ Pr. Pos., 388-391.

como *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la Educación Universitaria*¹², y luego como *Idea de una Universidad*¹³. Los continuó revisando hasta la edición de 1889, un año antes de morir. El P. Morales, autor de la única traducción española¹⁴, los califica de hazaña intelectual. Recorramos sus ideas más importantes.

En el primero de ellos Newman justifica su pretensión de hablar: “Las opiniones a las que voy a referirme se han desarrollado en mi sistema global de pensamiento y son parte de mí mismo. Mi mente ha sufrido muchos cambios, pero en estos temas no ha conocido ni variación ni oscilación en sus opiniones”. Y afirma que estos principios “no proceden sin más de la teología, no implican discernimiento sobrenatural alguno, ni guardan una conexión especial con la Revelación. Derivan casi de la misma naturaleza de las cosas, se hallan recomendados incluso por la prudencia y la sabiduría humanas, aún en ausencia de una iluminación divina; y son reconocidos por el sentido común [...] por la circunstancia misma de que la filosofía de la educación se apoya en *verdades de orden natural* [...] Me limitaré a tratar la cuestión simplemente en base a la razón humana y a la humana sabiduría”.

El segundo discurso da el acorde inicial: “Una Universidad hace profesión, por su mismo nombre, de *enseñar un saber universal*”. Dicho esto, y sin dilación, Newman justifica el lugar de la Teología, pues “es ciertamente una rama de ese saber [...] El propio nombre de Universidad es incompatible con restricciones de cualquier tipo”. Y continúa: “Todo esto supone, desde luego, asumir que *la Teología es una ciencia*, y una ciencia importante. Pero entonces quien la excluye debe sostener que, o poco y nada es conocido acerca del Ser Supremo, o que su centro del saber se llama lo que no es”. La conclusión es lapidaria: “Reduciremos a fragmentos el círculo entero del saber profano, si comenzamos a mutilar el saber divino”. Luego señala la separación de razón y fe como la causa de esta crisis: “El mundo religioso, como se le suele llamar hoy, mantiene en general que la religión consiste no en conocimiento sino en sentimiento o emociones [...] Y al predominar esta concepción de la Fe, se olvidó o negó más y más la *conexión de la Fe con la Verdad y el Conocimiento* [...] no tiene nada de objetivo, sino todo subjetivo [...] La religión se fundamenta en la costumbre, el prejuicio, la ley, la educación, el hábito, la lealtad, el feudalismo, el pragmatismo ilustrado, y en muchas cosas, pero de ningún modo en la razón. La razón no es ni su garantía ni su instrumento. Lógicamente, así resulta irrazonable pedir una cátedra universitaria para la religión”.

El tercer discurso continúa fundamentando esa pretensión: “La *verdad* es el objeto propio de cualquier conocimiento, que se refiere a hechos y a sus relaciones”, y el campo es toda la realidad: “Todo lo que existe, tal como es contemplado por la mente humana, compone un amplio sistema o una compleja totalidad, que se resuelve en un número indefinido de hechos particulares”. Este universo real puede captarse por *diversas vistas parciales o abstracciones, que son denominadas ciencias*. Tienen cada una un *carácter incompleto* y por eso *se necesitan mutuamente y se ayudan unas a otras*. No puede omitirse ninguna, y tampoco la Teología. A lo

¹² *Discourses on the Scope and Nature of University Education*, 1852. Revisados en 1859.

¹³ *The Idea of a University Defined and Illustrated*, 1873. Edición revisada en 1889.

¹⁴ *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, trad. J. Morales, EUNSA, 1996.

cual, el cuarto discurso añade esta lúcida observación: “Si elimináis una ciencia del círculo del conocimiento, no podéis conservar vacío su puesto [...] Suponiendo que no se enseñe teología, su dominio no será tan sólo descuidado, sino que en realidad será usurpado por las demás ciencias, las cuales enseñarán, sin la debida garantía, conclusiones propias en una materia que requiere principios metodológicos peculiares para su debida organización y disposición. No es solamente perder la teología. Supone también la perversión de otras ciencias. Lo que la teología pierde injustamente, otras injustamente lo arrebatan”. También aparece el peligro de que *una ciencia, por amplio que sea su objeto, pretenda erigirse en el único exponente de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, y aparezcan hombres de una idea, de una ciencia y de un solo punto de vista.*

Después de tratar la relación de la teología con las demás ciencias en el marco del saber universal, el quinto discurso da el segundo gran acorde, al presentar la identidad de una “educación liberal”. “Se forma en ella un hábito de la mente que dura toda la vida, y cuyas características son libertad, sentido de la justicia, serenidad, moderación y sabiduría [...] en suma lo que me he atrevido a denominar hábito filosófico”. Pero, dice Newman, aparece la pregunta “¿qué se obtiene de esta filosofía?, ¿cuál es el fruto?, ¿cuál es el fin de la educación universitaria y del saber liberal y filosófico que pienso debe impartir? Respondo que [...] el saber es capaz de ser su propio fin [...] aunque no se emplee para otra cosa ni sirva a un fin directo. La palabra ‘liberal’ aplicada a la educación y al saber expresa una idea específica, que siempre ha existido y siempre existirá mientras la naturaleza humana sea la que es”.

Hay, por tanto, *dos métodos de educación, uno filosófico, el otro técnico; uno se eleva hacia ideas universales, el otro se agota en lo particular y externo...* Pero, Newman repite, “Existe un saber, digno de ser poseído por lo que es, y no simplemente por lo que hace”. Y esto se aplica a otro orden de resultados: “El saber es una cosa y la virtud es otra. El buen sentido no es la conciencia, los buenos modos no son la humildad, ni la amplitud y acierto de ideas equivale a la fe. La filosofía, por ilustrada y profunda que sea, no proporciona dominio sobre las pasiones. La educación liberal no hace al cristiano ni al católico, sino al caballero. Combatir contra esos gigantes que son las pasiones y el orgullo del hombre con instrumentos tan finos y delicados como la razón y el saber humanos, es como querer extraer de la cantera bloques de granito con hojas de afeitar, o amarrar el barco con un hilo de sea”. En síntesis, Newman nos dice que la educación liberal solo perfecciona el intelecto, y que el fin de la Universidad no es directamente técnico ni moral, sino *la cultura intelectual. Educa el intelecto para que razone bien en todos los temas, para que tienda hacia la verdad y la asimile.*

Esta definición se despliega en los tres discursos siguientes, que relacionan la cultura intelectual con el *mero conocimiento*, con la formación profesional y útil, y con la religión. En cuanto a lo primero, “el fin de la educación liberal no es el mero saber, o el saber considerado en sus contenidos, sino la expansión del intelecto. Es un saber no solo considerado como una adquisición cuantitativa, sino como filosofía [...] Solo es expansión de la mente la capacidad de ver muchas cosas a la vez como una totalidad [...] Debéis estar por encima de vuestros conocimientos, no bajo ellos. De otro modo os oprimirán [...] El error práctico ha consistido en obligar al alumno a asimilar tanto que ha terminado por rechazar todo”.

En cuanto a la *formación profesional y útil*, “cultivar el intelecto significa hacerlo apto para aprehender y contemplar la verdad [...] Pero hay quienes insisten en que la educación debe limitarse a algún fin particular y concreto [...] Argumentan que existe el derecho a esperar un gran resultado [...] y su término clave es ‘utilidad’”. La respuesta es que “una educación liberal es verdadera y plenamente útil, aunque no sea profesional [...] Aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno siempre es útil [...] El desarrollo general de la mente es la mejor ayuda al estudio profesional y científico [...] La persona que ha aprendido a pensar y razonar, a comparar, distinguir y analizar, que ha refinado su gusto, formado su juicio, y enriquecido su visión mental, no se convertirá inmediatamente en un abogado, o un orador, o un estadista, un médico, un buen terrateniente, un hombre de negocios, un soldado, un ingeniero, un químico, un geólogo, un historiador, pero alcanzará una situación intelectual que le permita desempeñar alguna de esas ciencias o profesiones [...] No afirmo que la Universidad no deba enseñar derecho o medicina. Enseña todo saber enseñando todas las ramas del saber y solo así [...] pero un profesor de derecho o de medicina en una Universidad sabrá dónde están situados tanto él como su ciencia [...] y tratará su campo con una filosofía y unos recursos que no pertenecen al propio estudio, sino a su formación liberal”. Newman agrega esta observación: “[...] el carácter profesional no es el único que un hombre ocupado en una profesión debe desarrollar. No siempre está de servicio”.

En tercer lugar, *esta cultura intelectual, tan alta en sí misma, no solo tiene que ver con los deberes sociales y prácticos de la persona, sino también con la religión*. Newman distingue un aspecto positivo y uno negativo. “El saber, la disciplina por la que se adquiere, posee una tendencia natural a refinar la mente y a darle un disgusto y un horror hacia los excesos del mal [...] impropios de un caballero”. Por ejemplo, produce un *simple odio hacia ese tono vulgar de conversación, muy generalizado en la sociedad*. Pero la vida intelectual es solo una *rémora, no es capaz de cambiar el corazón*. Más aún, existe el peligro de que “este desarrollo intelectual pueda representar desde el principio la simple sustitución de la sensualidad por el orgullo. Este es el pecado normal del intelecto”. A este *intelectualismo sin Dios* lo llama “religión del filósofo y del caballero [...] Bajo este entrenamiento, la soberbia recibe un nuevo nombre: autorrespeto [...] La civilización antigua no tenía la idea ni la palabra para expresar la humildad [...]”. En síntesis, *el mundo se contenta con adentrar la superficie de las cosas, mientras que la Iglesia apunta a regenerar las profundidades mismas del corazón*. Newman describe los rasgos del caballero, que *se ven en hombres santos y en incrédulos*. Por ejemplo: *San Basilio y Juliano el Apóstata fueron compañeros en las escuelas de Atenas, y uno llegó a ser santo y doctor de la Iglesia, mientras que el segundo se convirtió en su implacable enemigo*.

El último discurso considera los deberes de la Iglesia hacia el saber, *las características de una Universidad que se dice católica*. Dice Newman: “El simple hecho de tener abundantes cátedras teológicas no basta por sí mismo para hacer una Universidad católica, porque la teología se incluiría entonces dentro de sus enseñanzas solo como una rama del saber entre muchas. Hay dos heridas que puede sufrir la Revelación a manos de los maestros de la razón humana: la primera, pasar por alto en absoluto la Verdad teológica, alegando que no deben aceptarse diferencias de opinión religiosa; y la segunda, más sutil, reconocer el catolicismo, pero adulterando su

espíritu. Como una Universidad no hace honor a su nombre y función sin reconocer la Verdad revelada, allí ha de estar la Iglesia para asegurarla. Por otro lado, la Iglesia no teme el saber, y todo lo purifica [...] *El principio de la Iglesia es siempre uno y el mismo: no prohibir verdad de ninguna clase*. El mal ha de ser vencido por medio de la gran fascinación contraria que surge de la pureza y de la Verdad”. Newman les dice a los obispos de Irlanda: “No educamos a los jóvenes sino con el fin de prepararlos para el mundo, que es una preparación para el que viene. Si la Universidad es una preparación directa para este mundo, ha de ser lo que afirma. No es un convento ni un seminario, sino un lugar para hacer hombres del mundo para el mundo. No podemos impedir que entren en el mundo, con todos los caminos, principios y máximas de éste, cuando el tiempo les llegue, pero podemos prepararles para lo inevitable, y el modo de aprender a nadar en aguas turbulentas supone haber entrado de algún modo en ellas”.

Además de estos *Discursos*, Newman publicó en 1858 *Conferencias y ensayos sobre cuestiones universitarias*¹⁵, que unió desde 1873 a los *Discursos*, como segunda parte de la *Idea de una Universidad*¹⁶. Son tres escritos sobre Literatura, tres sobre métodos de enseñanza y aprendizaje y cuatro sobre cristianismo y ciencia. En uno de ellos nos habla del *intelecto imperial*, que solo la Universidad puede formar, ya que logra poner “bajo el mismo yugo, al modo de la vieja Roma, cien pueblos discordantes; mantener cada uno de ellos en sus propios privilegios dentro de su legítimo nivel de acción; permitir sentimientos nacionales y el estímulo de intereses rivales, y aún así, unirlos en un gran conjunto social [...] Lo que un imperio es en historia política es una Universidad en la esfera de la filosofía y la investigación”¹⁷.

En todos estos escritos hallamos el eco de aquel gran principio de su época anglicana: la *influencia personal*. Dice ahora: “Una Universidad es un Alma Mater que conoce a sus hijos uno a uno. No es un asilo, ni una casa de la moneda, ni una fábrica”¹⁸. Y lo expresa de modo más vívido en una serie de artículos que escribió para la *Gazeta de la Universidad Católica*, publicados luego como *Aparición y progreso de las Universidades*, el tercer volumen de sus *Bocetos históricos*¹⁹. Allí presenta la realización del tipo ideal de *Universitas*, desde la Grecia antigua hasta los tiempos modernos. Al llegar a las Universidades medievales de Oxford y Cambridge, aparecen los *Colleges*, y la tradicional división de clases magistrales en la Universidad y tutoriales en el *College*, la comunicación del conocimiento por el profesor de la Universidad y la formación del carácter por el tutor del *College*, influencia personal y disciplina de vida. Newman estaba convencido de que gran parte de la educación que recibía un estudiante derivaba de la tradición del lugar de enseñanza, el *genius loci*, una suerte de autoeducación, una “atmósfera ética” sumada a la “enseñanza real”²⁰. En esto, la Universidad era complementada con el *College*, un

¹⁵ *Lectures and Essays on University Subjects*, 1858.

¹⁶ *The Idea of a University Defined and Illustrated. I. In Nine Discourses delivered to the Catholics of Dublin. II. In Occasional Lectures and Essays addressed to Members of the Catholic University*, 1873.

¹⁷ *Cristianismo e investigación científica*, Idea 458-59.

¹⁸ Idea 144-145.

¹⁹ *Historical Sketches III, Rise and Progress of Universities*, 1872.

²⁰ Idea 140-47.

segundo hogar, donde aparecía la figura del “tutor”, para ejercer *esa influencia personal que es de la más alta importancia en la formación y el talante del carácter*²¹. Newman veía en el tutor “esa unión de influencia intelectual y moral, que el mal de la época ha separado. Una Universidad Católica no remediará este mal si solo aspira a una enseñanza profesoral y no a una personal. Donde esté la educación personal allí estará la influencia real”²². Dice que la Universidad es un “período de entrenamiento, diseñado para introducir y lanzar al joven en el mundo. Es una madre bondadosa, un Alma Mater, que inspira afecto mientras susurra la verdad”. Insiste en el principio: “Un sistema académico sin la influencia personal sobre los alumnos es un invierno ártico”²³. Más aún, lo personal tiene precedencia sobre todo lo demás. “Siendo la influencia y la ley los dos grandes principios de gobierno, es claro que, históricamente hablando, la influencia viene primero y luego la ley. Tal es la historia de la sociedad: comienza con el poeta y termina en la política. Las Universidades son instancias que siguen el mismo curso: comienzan con la influencia y terminan en el sistema [...] Sus profesores han sido una suerte de predicadores y misioneros. Pero la influencia no dura para siempre [...] El sistema necesita ser sobreañadido a la acción individual [...] Primero lo griego, luego lo macedonio y romano”²⁴. Pero la relación personal era la base del sistema en esa escuela de aprendizaje universal, designada antiguamente como “*Studium Generale*”, *una convergencia de extraños de todas partes en un lugar para la comunicación y circulación del pensamiento*²⁵. Newman reconoce que los libros son hasta hoy un instrumento especial, pero que el método antiguo era la instrucción oral, la comunicación entre persona y persona, la existencia de “maestros” y su influencia personal en la iniciación del discípulo. Esto produjo centros de peregrinación y multitudes que buscaban sabiduría.

Es verdad que la historia muestra también la influencia personal de los patrocinadores, como fue en la antigüedad el caso de Alejandro Magno y en el Imperio Franco el de Carlomagno. Pero aún así, “La Universidad creó los patrocinadores y no fue creada por ellos [...] los profesores venían de lejos, y no dependían de reyes y grandes hombres para su sostenimiento, sino del entusiasmo que creaban”. Por eso nos dice que “debemos consultar al hombre vivo y escuchar su viva voz. Los principios generales de cualquier estudio pueden aprenderlos por libros en casa, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que los hacen vivir en nosotros, todo esto lo deben tomar de aquellos en quienes ya están vivos”²⁶. Así, el estilo de un *gentlemen* no se aprende en libros sino en la alta sociedad, en las metrópolis, en la corte, en centros educativos y de refinamiento del gusto. Lo mismo ocurre con el político, el hombre de estado, que se forma con la experiencia de públicos debates y conversaciones privadas que no se publican, en el ámbito del Parlamento. E igualmente se puede decir del hombre de ciencia que adquiere sabiduría en el mundo de la ciencia, en contacto con otros científicos, experimentando cierta comunicación vívida de cono-

²¹ Íd. 84-85.

²² *My Campaign*, págs. 117, 120.

²³ HS III, 74.

²⁴ Íd., págs. 77-78.

²⁵ *Historical Sketches*, vol. III, pág. 6.

²⁶ Íd., págs. 8-9.

cimiento. La Universidad es un ámbito análogo. Y por todo esto, Newman concluye: “[...] la oferta debe estar antes que la demanda”²⁷.

Newman predicó en la iglesia de la Universidad ocho sermones, que luego publicó en un volumen²⁸. En el primero de ellos resume así lo que trataba de hacer: “[...] reunir cosas que en un principio habían sido unidas por Dios, y se han visto luego separadas por el hombre [...] Yo querría que el intelecto dispusiera de la más amplia libertad y que la religión gozara de una libertad semejante; y querría establecer que ambas, cultura y religión, se encuentren en las mismas personas. Deseo que los mismos lugares y los mismos individuos sean al mismo tiempo oráculos de filosofía y santuarios de devoción. Deseo que el laico intelectual sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe”²⁹.

La personalidad de John Henry Newman, y su ideario de Universidad, nos presenta una armonía inusual para aquella época, y ejemplar para la nuestra, entre fe y razón, entre teología y ciencias, entre Evangelio y cultura, entre la Iglesia y el mundo. Ilumina con su gran principio de la influencia personal, que casi como un testamento lo expresó en el lema de su escudo cardenalicio: *cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón). También el epitafio que escribió para su tumba: *ex umbris et imaginibus in veritatem* (de las sombras y las imágenes a la verdad) nos dejó la mejor definición de su itinerario personal. Será por tantas y tales razones que en la encíclica *Fides et Ratio* el papa Juan Pablo II no dejó de incluir a Newman entre los maestros notables de nuestro tiempo³⁰, y por muchas más razones que el papa Benedicto XVI lo ha beatificado, y dijo esas palabras con las que comencé esta exposición. Por todo ello, esperamos también que después de canonizarlo lo declare, como lo ha dado a entender en alguna oportunidad, Doctor de la Iglesia.

²⁷ Íd., pág. 167 y sigs.

²⁸ *Sermones predicados en distintas ocasiones*, 1858.

²⁹ *Var Occ*, pág. 13.

³⁰ *Fides et Ratio* n° 74.